



DI 04/16

11/10/2016

Doctor
Jesús Gallegos Olvera

Clinton-Trump y la “Grandeza americana”

Por Dr. Jesús Gallegos Olvera¹

“El hombre”, escribió Theodore Roosevelt, “que puede hacer más en este país es y debe ser el hombre cuyo americanismo es el más sincero e intenso”.² Establecida así la visión de uno de los principales promotores del monroísmo y discípulo de Almirante Alfred T. Mahan y su geopolítica, la lectura rooseveltiana permite reiterar la histórica excepcionalidad de los Estados Unidos de América; ubicable tanto en los textos de Benjamín Franklin como en la obra del aristócrata francés Alexis de Tocqueville. Esas características serán, en convergencia con el ascetismo atribuible a los estadounidenses, herencia que se sumará al puritanismo, que sirve para dar identidad a un americanismo que se proyecta globalmente a la par de su condición como potencia mundial a finales del siglo XIX, y que en la actualidad es discutida en el marco del proceso electoral presidencial entre Hillary Clinton y Donald Trump.

Conocedor de los conflictos que establecía el impulso territorial del expansionismo ultraterrestre de los Estados Unidos, potencializado por su victoria en la guerra hispano-americana de 1898, Roosevelt sostenía: “los estadounidenses tenemos muchos problemas graves que resolver, muchos males que nos amenazan y obligan a pelear. Pero tenemos que enfrentar los hechos como son. No debemos entregarnos a un optimismo insensato, ni sucumbir a un pesimismo tímido e innoble. Nuestra nación” –afirmaba sin rodeos y con el objetivo de establecer la unidad de su sociedad– “es una entre todas las naciones de la tierra que tiene en sus manos el destino de los próximos años”.³ En 2016, esa verdad es un dogma, por ello la revisión y evaluación del segundo debate entre Clinton y Trump ha marcado un seguimiento mediático sin igual, pero el hecho es que no ofrece certeza sobre el resultado que habrá de darse al final del próximo 8 de noviembre.

En su revisión administrativa, Theodore Roosevelt advierte que las ventajas excepcionales de que gozan los Estados Unidos –por su ubicación geográfica y los recursos naturales existentes en su territorio– están amenazadas por peligros permanentes. Por ello exhorta a “averiguar todo lo que pueda acerca de la existencia y el alcance de todos los males”. En definitiva, establecía Roosevelt, “nunca podremos tener éxito a través de los peligros a los que nos enfrentamos, nunca podremos alcanzar la verdadera grandeza, ni alcanzar el noble ideal que los fundadores y preservadores de nuestra poderosa República federal han puesto delante de nosotros, a menos que seamos americanos en corazón y alma, en espíritu y propósitos, con la responsabilidad y el orgullo

¹ Doctor en Ciencias Políticas y Sociales.

² Roosevelt, Theodore, “True americanism”, en *Forum Review*, abril 1894, extractos, disponible en <http://www-personal.umich.edu/~mlassite/discussions261/tr1.html>

³ *Idem*.



glorioso del nombre mismo de América”.⁴ De esta manera, tanto para la ex Senadora Clinton como para el empresario Trump, “devolver la grandeza a América” (entiéndase Estados Unidos), ha sido la pauta común de su posicionamiento político como candidatos a dirigir la presidencia de su país.

Desde luego, el debate sobre el papel de Estados Unidos en el mundo no es nuevo, todo lo contrario, es una constante desde su momento fundacional. Por ello, el examen de los compromisos de este país y la evaluación permanente de su poder nacional se establecen como tareas irrenunciables para responder al rumbo que tomarán las decisiones de quien ocupe el lugar que dejará el Presidente Barack Obama al concluir su gobierno. En cualquier escenario, las respuestas y el intercambio de opiniones entre Clinton y Trump exhiben una renovación de la moral y el interés nacional en que el poder estadounidense no renuncia a su voluntad hegemónica, la revigorizan frente al conflicto en Siria, la competencia económica con China y, sin duda, con el fortalecimiento de sus fronteras para asegurar la invulnerabilidad de su territorio.

Dadas algunas de las claves para el entendimiento de la política estadounidense, enlistadas en su historia, elitismo, corporatocracia y pragmatismo, el segundo debate Clinton-Trump ofreció muestras del conservadurismo y beligerancia de su política externa e interna. Una “luchadora” y un “buen padre”, calificativos ofrecidos entre los candidatos tras el cuestionamiento de Karl Becker (quien hizo la última pregunta del debate), dejan consigo la elaboración de una serie de hipótesis para explicar el camino que habrá de tomar el electorado estadounidense en poco menos de un mes. Entender la lógica de este proceso es una exigencia para quienes pretendemos dar cuenta de los componentes principales de una sociedad que ancla sus convicciones actuales en una tradición política que nunca ha sido ajena al pesimismo antropológico, al unilateralismo y al intervencionismo, que en suma conforman el sustrato que explica la derechización de los Estados Unidos.

Tal y como lo expresa la llamada Doctrina Bush, el gobierno estadounidense prefiere, de ser posible, actuar con la sanción y apoyo de otros países; pero esto no debe ser una condición para no actuar de manera unilateral si así el caso lo requiriese. Esto implica un discurso político que sostiene un multilateralismo *ad hoc* y la legitimación consecuente del uso de la fuerza militar de manera preventiva en los casos en que las vías multilaterales se muestren ineficaces. La grandeza estadounidense, en este sentido, no debe hoy fundarse sobre el liderazgo de un sistema multilateral, ni sobre un nuevo equilibrio de poder que reconozca otros actores como en igualdad de condiciones, sino sobre el constante uso disuasivo y preventivo del poder militar estadounidense bajo el supremo principio de la Seguridad Nacional.

Ante la evaluación ofrecida, la dirección que puede guiar los esfuerzos de México y determinar una estrategia propia ante cualquier resultado en el proceso electoral estadounidense, debe recuperar las ventajas de su ubicación geopolítica y geoeconómica. Estas ventajas se encuentran al conocer los intereses estadounidenses y sacar provecho de sus necesidades. México no debe hacer suya la agenda y la actitud estadounidense; por el contrario, debe mantener una independencia e identidad sobre las bases de su propio potencial. En conclusión, los Estados Unidos deben formar una parte de nuestra estrategia internacional, pero ésta no puede construirse totalmente sobre ellos.

Amable lector para atender sus dudas, comentarios o sugerencias del presente texto siga

el siguiente link <http://www.cesnav.edu.mx/ININVESTAM/contacto.html>

⁴*Idem.*